

RELATOS DE MONTAÑA Y RÍO

CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

Voces y memorias de campesinos y
campesinas del Catatumbo



NO ACEPTE SU VENTA
Distribución
gratuita
NO ACEPTE SU VENTA



Centro Nacional
de Memoria Histórica

RELATOS DE
MONTAÑA Y RÍO



RELATOS DE MONTAÑA Y RÍO
VOCES Y MEMORIAS DE CAMPESINOS Y
CAMPESINAS DEL CATATUMBO
Catatumbo: memorias de vida y dignidad

María Fernanda Pérez Trujillo
Coordinadora e investigadora

Jaime Landínez Aceros
Investigador y relator

José Rodríguez Vaca
Investigador regional

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Camila Medina Arbeláez
**Dirección para la Construcción
de la Memoria Histórica**

RELATOS DE MONTAÑA Y RÍO
VOCES Y MEMORIAS DE CAMPESINOS Y
CAMPESINAS DEL CATATUMBO
Catatumbo: memorias de vida y dignidad

ISBN: 978-958-5500-29-7

Primera edición: noviembre de 2018

Número de páginas: 100

Formato: 18 x 23 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Adriana Correa Mazuera

Coordinación editorial

Tatiana Peláez Acevedo

Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo

María del Pilar Hernández Moreno

Ilustración, diseño y diagramación

Diana Castro Hernández

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**

Calle 35 No. 5 - 81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá DC, Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), *Relatos de montaña y río. Voces y memorias de campesinos y campesinas del Catatumbo. Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, Bogotá, CNMH.

Este documento es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Relatos de montaña y río : voces y memorias de campesinos y campesinas del Catatumbo
Centro Nacional de Memoria Histórica [y otros] ; ilustración Diana Castro Hernández.
Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2018.
100 páginas : ilustraciones ; 23 cm. -- (Catatumbo: memorias de vida y dignidad)

ISBN: 978-958-5500-29-7

1. Conflicto armado - Catatumbo (Región, Colombia) 2. Violencia - Catatumbo (Región, Colombia) 3. Memoria histórica - Catatumbo (Región, Colombia) 4. Memoria colectiva - Catatumbo (Región, Colombia) I. Castro Hernández, Diana, ilustradora II. Centro Nacional de Memoria Histórica, autor III. Serie.
303.60986 cd 2l ed.
A1613866

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

RELATOS DE MONTAÑA Y RÍO

Voces y memorias de
campesinos y campesinas del Catatumbo



Centro Nacional
de Memoria Histórica



Agradecemos a los campesinos y a las campesinas del
Catatumbo que, por medio de la palabra, la cercanía
y la confianza, nos compartieron sus memorias de
dolor, pero también de esperanza y dignidad.

Estos relatos son de ustedes y para ustedes,
para que nunca más se repita.



RELATOS DE
MONTAÑA Y RÍO

CONTENIDO

11

PRÓLOGO

Edinso Culma Vargas

13

INTRODUCCIÓN

17

LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo

26

MAPA REGIONAL



51

EN MI VEREDA
NUNCA SE
ACABA EL RUIDO

· El Tarra ·



71

UNA VIDA DE
ZOZOBRA

· Guamalito, El Carmen ·



29

LA HISTORIA
DE UNA
FOTOGRAFÍA

· Teorama ·



85

CUANDO NOS
VOLVIMOS A
PONER DE PIE

· Campo Dos, Tibú ·

PRÓLOGO

Edinso Culma Vargas

Estrategia de Reparaciones
Centro Nacional de Memoria Histórica

Esta serie de relatos contiene personajes que se cuentan a sí mismos desde la calidez, el desenfado y las certidumbres de quienes conocen sus orígenes, sus luchas, sus derrotas, sus dolores y sus alegrías. Todos ellos, personajes complejos que rebasan las caricaturas que se han construido a nivel nacional de los habitantes de la región del Catatumbo como objetos pasivos de la acción criminal del narcotráfico o población proclive al delito, la ilegalidad y la violencia.

Son voces de personas que se han acostumbrado a tratar sus recuerdos alegres o dolorosos con entereza. Debido a esto, quien lee este texto tiene la sensación de estar asistiendo a la presentación de relatos honestos, directos, diáfanos.



INTRODUCCIÓN

Relatos de montaña y río. Voces y memorias de campesinos y campesinas del Catatumbo es un conjunto de relatos contados en primera persona acerca de la vida, dolores y resistencias de campesinos y campesinas de la región, que busca honrar y dignificar las apuestas que han tejido para vivir con dignidad en medio de la precariedad, la violencia y la zozobra¹.

Los relatos describen la capacidad de campesinos y campesinas del Catatumbo para entender su territorio, y desde allí, echar a andar de manera colectiva apuestas para su administración.

¹ A menos que se indique lo contrario, los relatos fueron escritos en su totalidad por el equipo de investigación del proyecto. Cada uno entretiene voces, narraciones y experiencias de diversas personas, de modo tal que no son relatos acabados en los que se traza la trayectoria de vida de una persona específica, aunque como opción metodológica se haya optado por presentar el hilo narrativo desde una voz individual. Se ha guardado la mayor fidelidad posible a lo que nos fue narrado, y a su forma de contarlo y comprenderlo. Los relatos están acompañados de poemas, coplas y canciones de habitantes de la zona, piezas recopiladas en el marco de este proyecto y del trabajo de la Asociación Minga y la Fundación Progresar. Agradecemos a las personas y organizaciones que generosamente compartieron este material y nos autorizaron su publicación.

Estos relatos también evidencian las múltiples agresiones y estigmas por parte de actores armados y de políticas que han recaído sobre sus cuerpos, apuestas organizativas y territorios, que, en muchos casos, han desconocido su existencia. Es por eso que, en el presente, como se narra en estos relatos, campesinos y campesinas se han vuelto a poner en pie, con una asombrosa capacidad, y se han embarcado en la tarea de construir colectivamente propuestas que les permitan la vida misma en condiciones de dignidad.

Este es uno de los seis textos que conforman la serie de relatos del proyecto de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, cada uno de los cuales reconstruye las memorias de perfiles sociales para los cuales persisten silencios en torno a los impactos que el conflicto armado y otras formas de violencia les han legado: campesinos y campesinas; docentes; mujeres; niños, niñas y adolescentes; personas lesbianas, gays y trans; pueblo indígena Barí.

Catatumbo: memorias de vida y dignidad fue un proceso de reconstrucción de memoria histórica sobre el conflicto armado y las resistencias en esta región en la que recorrimos los municipios que la conforman², propiciamos espacios de diálogo con sus habitantes y recopilamos, por diversos medios, sus memorias

² El Catatumbo es una región fronteriza con Venezuela ubicada en el departamento de Norte de Santander, conformada por los municipios de Tibú, El Tarra, Sardinata, Hocarí, San Calixto, La Playa de Belén, Ocaña, Teorama, Convención y El Carmen. Alberga los resguardos Motilón-Barí y Catalaura-La Gabarra, donde habita el pueblo indígena Barí. El proyecto de investigación, que se realizó durante 2016 y 2018, fue una iniciativa de la Diócesis de Tibú y la Pastoral de Víctimas, liderado por el Centro Nacional de Memoria Histórica, al que se sumó la Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Barí y que contó con el apoyo de la Mapp-OEA y GLZ-ProPaz. En el sitio en Internet del proyecto se recoge material audiovisual sobre la región, disponible en <http://centrodememoriahistorica.gov.co/catatumbo>



en torno al conflicto armado, sus procesos organizativos y resistencias, así como sus propuestas y demandas hacia el futuro.

Los relatos de esta serie no buscan ser reconstrucciones exhaustivas de las dinámicas del conflicto armado que han tenido lugar en la región ni pretenden construir una generalización sobre los hechos de violencia y resistencia que han vivido sus habitantes; del mismo modo, las formas de violencia que abordan no ocurrieron de manera similar o generalizada en toda la región. En cambio, su objetivo es dar a conocer y profundizar en una serie de temáticas y énfasis que, de manera significativa, emergieron en los ejercicios individuales y colectivos de reconstrucción de memoria histórica³.

Puesto que los relatos han sido escritos a partir de los recuerdos y narraciones de las personas del Catatumbo en entrevistas e intervenciones en ejercicios colectivos, estos ofrecen una oportunidad para adentrarse en las voces, acentos, texturas, colores y sonidos del Catatumbo, desde una apuesta por dignificar las palabras, explicaciones y narrativas que sus habitantes han elaborado sobre su territorio, su vida cotidiana, el conflicto armado.

Relatos de montaña y río. Voces y memorias de campesinos y campesinas del Catatumbo es una apuesta por la dignidad. Esperamos contribuir a que quien lea estos relatos pueda encontrarse con esta región del país, conocer un poco más

³ En la mayoría de relatos se omitieron o se cambiaron los nombres de personas y lugares, para preservar la privacidad y seguridad de sus protagonistas y por su solicitud expresa.



de sus habitantes, sus historias y sus apuestas, para romper la indiferencia y echar abajo los estigmas que han recaído históricamente sobre el Catatumbo y su población.

Nos impulsa la exigencia hecha por las y los catatumberos para que se comprenda que solo se puede romper el ciclo de violencias que se reproduce de manera preocupante en esta región si, como sociedad, reconocemos todo aquello que nos une al Catatumbo, y si nos disponemos, de manera respetuosa y comprometida, a escuchar y comprender sus voces, propuestas y demandas para así incidir en que las cosas cambien.



LÍNEA DE TIEMPO



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.*



Se establece la Concesión Barco, por medio de la cual el Estado colombiano habilita la exploración y explotación de petróleo en territorio del pueblo indígena Barí (hoy municipios de Tibú y El Tarra).

La Concesión es cedida a las empresas Colpet (Colombian Petroleum Company) y Sagoc (South American Gulf Oil Company).

1905

1910

1931

Exterminio de gran parte de la población Barí a manos de agentes de seguridad de las empresas petroleras, trabajadores petroleros y colonos.

1960

1963



* No ofrece un recuento exhaustivo, dado que presenta algunos hitos significativos que facilitan la lectura de los relatos.

Surgen las primeras Juntas de Acción Comunal en la región.

1968

Creación de **Asocbarí**
Asociación Comunidad Motilón Barí de Colombia.

1978

Surge **Coomultar**
Cooperativa Multiactiva de El Tarra.



1979

31 de enero, 1979: primera toma guerrillera en el Catatumbo (municipio de Convención). Marca la entrada del ELN a la región.



Creación de **Coobarí**
Cooperativa Multiactiva Motilón Barí.

1982

1981

Creación del resguardo indígena Barí **Catalaura-La Gabarra.**





Para mediados de esta década, habitantes de Tibú y La Gabarra ubican las primeras acciones de las FARC en sus territorios.



Creación del resguardo indígena **Motilón Barí.**

Década **1980**

1987

6-11 junio de 1987:
Paro del Nororiente.

1988

Emergen los primeros "escuadrones de la muerte".

Entre mediados de la década de los ochenta y finales de los noventa, fortalecimiento del proceso cooperativo en la región (juntas de acción comunal, tiendas comunitarias y cooperativas).



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

A finales de esta década se registran los primeros cultivos de coca en el área rural de La Gabarra.

1991

1 de marzo de 1991: desmovilización del EPL. Algunos frentes no lo hicieron, entre ellos el Libardo Mora Toro, que continuó operando en la región.

1992

1992-1999: bonanza de la economía cocalera en La Gabarra y zonas aledañas.



1995

Grupos de autodefensa existentes en el Sur del Cesar desde finales de los años ochenta asumen el nombre Autodefensas Campesinas del Sur del Cesar y empiezan a hacer presencia en zonas del Catatumbo.

1996

13 de marzo de 1996: masacre a funcionarios del CTI perpetrada por el ELN y el EPL en Tibú.

1999

29 de mayo de 1999: entrada del Bloque Catatumbo de las AUC a Tibú.

Masacre en Socuavó y Carboneras, en la vía que conecta a Tibú con el casco urbano de La Gabarra.

2000

16 de febrero del 2000: masacre en El Tarra perpetrada por el Bloque Catatumbo.

17 de julio de 1999: masacre en la cabecera municipal de Tibú perpetrada por el Bloque Catatumbo.

21 de agosto de 1999: masacre en La Gabarra perpetrada por el Bloque Catatumbo.

6 de abril del 2000: masacre en la cabecera municipal de Tibú perpetrada por el Bloque Catatumbo.



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

Inicia la política de fumigación aérea de cultivos de coca con glifosato.



15 de junio de 2004: masacre de 34 raspachines perpetrada por las FARC en zona rural de La Gabarra.



2004

2002

25 de abril de 2002: masacre en el Cerro de las Flores en Teorama perpetrada por el Frente Héctor Julio Peinado del Bloque Norte de las AUC.

10 de diciembre de 2004: desmovilización del Bloque Catatumbo en la finca Brisas del Sardinata del corregimiento Campo Dos (Tibú).

Diciembre 2004: surge

Cisca

Comité de Integración Social del Catatumbo.





25 de marzo de 2005:
masacre en Guamalito
(El Carmen) perpetrada
por el Frente Héctor
Julio Peinado del Bloque
Norte de las AUC.

2005



Surge
Ascamcat
Asociación
Campesina del
Catatumbo.

2005-2006:
incremento del pie de
fuerza del Ejército y la
Policía en los municipios
de la región.

2006



Se registra el
accionar del grupo
posdesmovilización
Águilas Negras, al
que le seguirían Los
Rastrojos, Los Paisas, Los
Urabeños o Clan del
Golfo, particularmente
en Cúcuta, Tibú y
Ocaña.

4 de marzo
de 2006:
desmovilización del
Frente Héctor Julio
Peinado, que hacía
presencia en Ocaña y
en municipios del alto
Catatumbo y sur del
Cesar.



2008

2006-2008:
incremento en
la comisión
de ejecuciones
extrajudiciales a
manos de miembros
de la fuerza pública.



LÍNEA DE TIEMPO

Principales hechos relacionados con el conflicto armado, la violencia sociopolítica y las acciones de resistencia en el Catatumbo.

Se interrumpe la fumigación aérea con glifosato de cultivos de coca en el Catatumbo.



2010

Surge **Asopbarí**
Asociación Pueblo Barí de Colombia.

Paro campesino del Catatumbo liderado por Ascamcat. Entre otros, se demanda la constitución de una Zona de Reserva Campesina en la región y una política de sustitución de cultivos de coca integral y concertada.

Paro agrario en el que confluyen las organizaciones sociales del Catatumbo.

2011

Se promulga la Ley 1448, conocida como Ley de víctimas y restitución de tierras.

2012

Inicia proceso de negociación entre el Gobierno colombiano y las FARC.

2013

Surge **Ñatubaiyibari**
Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Barí.

2014

MAPA MUNICIPAL

Convenciones

- Cabecera municipal
- Resguardo Motilón Barí
- Resguardo Catalaura-La Gabarra



CATATUMBO



Cesar





Venezuela

RESGUARDOS BARI

La Gabarra

Rio Catatumbo

TIBÚ

Guamalito

El Aserro

EL TARRA

Campo Dos

EL CARMEN

Vda. Jurisdicciones

CONVENCIÓN

SAN CALIXTO

OCAÑA

TEORAMA

HACARÍ

OCAÑA

LA PLAYA

SARDINATA

Rio Algodonal

ÁBREGO

Rio Oroque

Rio Tiro

Cúcuta

Mapa municipal

Si esta tierra hablara
¿Cuántas historias contaría?
Tejería mantas de relatos
Hilaría fino las historias de los recuerdos.

Si esta tierra hablara
¿Cuántos muertos resucitarían?
¿Cuántas lágrimas de madres
caerían en las tumbas escondidas?
¿Cuántos ríos llenarían nuestro llanto?
¿Cuánta vergüenza surcaría nuestra cara?
¿Cuánto dolor rebosaría en nuestra alma?



¿Cómo será tu voz
Tierra de guerreros ancestrales,
de riquezas inmutables?
¿Suave como el silencio del alba?
¿Armoniosa como la corriente
de un río indomable?
¿Fuerte como el trueno que retumba
en las piernas de la montaña?

Porque, al fin y al cabo,
La tierra es voz,
Es canto
Es llanto
Es grito
Y siempre habla

Si esta tierra hablara...
Si esta tierra catatumbera hablara...
Si tuviéramos oídos para escucharla.

José Manuel Alba Maldonado.
Docente Universidad Francisco de Paula Santander,
Ocaña

LA HISTORIA
DE UNA
FOTOGRAFÍA



LA HISTORIA DE UNA FOTOGRAFÍA

Jurisdicciones, Teorama.

Esta foto la tomé con una cámara que me compré en Ocaña a finales de 1982. Me acuerdo que a mi esposa no le gustó la idea, y me dijo que ese era un lujo que no podíamos darnos. Pero yo había hecho el gasto y me entró emoción por empezar a tomar fotos. Y eso en la vereda donde vivíamos fue la emoción para todo mundo porque nunca nadie había visto un aparato de esos. Imagínese, en esa época era trabajo en el campo todo el día, desde bien tempranito hasta por ahí las cinco de la tarde, que ya uno regresaba a la casa y se ponía a oír radio de esos de pila porque no teníamos luz.

Y todos tuvieron que ver con la dichosa cámara. Como era una de esas instantáneas, que botaban la foto de una vez, y no tocaba llevar el rollo a revelar, la gente en la vereda era a pedirme que le tomara foto al cafetal florido, que le tomara foto al ternerito que había nacido ayer, que a la cosecha de maíz. Pero yo les decía que no, que la cámara era para momentos importantes, como las primeras comuniones o los carnavales en Teorama.





Pero en la siguiente reunión de junta de acción comunal ahí estaba yo con mi cámara y la gente pidiéndome que la usara, que mostrara cómo era que funcionaba ese aparato. Y yo, muy contento, tomé esta foto cuando vecinos y otros habitantes de veredas cercanas se reunieron en la escuelita para la reunión de la junta. Los niños que se ven ahí se quedaron quieticos mientras tomaba la foto, como pendientes a ver qué era lo que iba a pasar. Y ahí se alcanza a ver a don Pedro, el que tenía la casa al lado de la mía y en ese momento era presidente de la junta; y a doña Ana, la que recién habíamos nombrado como secretaria. Tristemente otras personas de la foto ya no están con nosotros, pero no hablemos de eso todavía.



En 1982 fundamos la junta de acción comunal en mi vereda, que se llama Jurisdicciones y pertenece al municipio de Teorama. Ya en otras partes del Catatumbo existían juntas, y por ejemplo, la de la vereda Mesa Rica, en el municipio de La Playa, estaba desde 1966. A nosotros nos tomó más tiempo aquí en la vereda, pero cuando se puso en marcha, parecía que no había quién nos detuviera. Eso escribimos los estatutos y fuimos a hacer las vueltas para que nos reconocieran en la alcaldía¹.

Claro, pero eso no quiere decir que antes no se hicieran cosas en la vereda, porque desde que yo tengo memoria me acuerdo que la gente se reunía y charlaba a ver cuáles eran los problemas que teníamos y miraban a ver cómo se podían solucionar. Me acuerdo tanto que, una vez, cuando yo todavía no me había casado, salimos con mi papá y dos hermanos míos a ayudar a construir el saloncito de la escuela para que los niños tuvieran un lugar más cerquita adonde ir a aprender a escribir y a sumar.

Y cuando empezamos con el cuento de la junta pues nos pusimos muy contentos porque sentíamos que nosotros mismos éramos los que íbamos a poder gestionar muchas necesidades que ya teníamos identificadas y que nos había tocado trabajar con las uñas hasta ese momento. Cuando sacamos la personería jurídica nos gustó mucho porque vimos que nos iban a tener en cuenta allá en la alcaldía, y que podíamos ir a solicitar algunos apoyos que tanto necesitábamos para poder construir la vereda que en ese momento soñábamos.

¹ Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre el surgimiento y consolidación de las juntas de acción comunal en el Catatumbo.



Entonces como junta logramos hacer muchas cosas y en esos años todo era en común, lo que se hacía era para obtener un beneficio colectivo. Hacíamos unas jornadas de trabajo donde la gente aportaba lo que pudiera para desarrollar una obra que nos beneficiaba a todos. Por lo general, hombres y mujeres salían a trabajar unidamente, mientras otros se encargaban de la alimentación y de echarles un ojo a los niños más chiquitos. Se invitaba a una reunión para arreglar la escuela y la gente llegaba, había esa cultura de la unión. Me acuerdo que una de las actividades que más nos pusieron contentos, fue cuando por nuestros propios medios logramos arreglar dos caminos que comunicaban la vereda con el casco urbano de Teorama, y que usábamos para ir con las bestias² a llevar a vender la cosecha de café o de plátano. También se logró gestionar con la alcaldía el pago para una profesora que fuera hasta la escuela de la vereda a darles clases a nuestros hijos.

Entonces esos años fueron un momento de mucha esperanza, de mucha alegría: nosotros los campesinos nos sentíamos felices porque teníamos nuestro propio gobierno, porque nosotros mismos estábamos tomando las decisiones que más nos convenían como comunidad, como vereda. Por eso es que a veces yo recuerdo con nostalgia esos días, porque fue que logramos muchas cosas, y no solo obras materiales, porque el trabajo de la comunidad en beneficio de la misma comunidad no tiene precio ninguno.

Me acuerdo que nos propusimos recoger fondos, el aporte social que hemos llamado siempre, para tener nosotros como junta

² Forma de referirse a los equinos que son utilizados para cargar (caballos, mulas).

algún recurso para desarrollar actividades, alquilar maquinaria que necesitáramos en las obras que hacíamos, entre otras cosas. Y para eso en la escuelita de la vereda, la que le cuento, hacíamos fiesta todos los sábados para recolectar fondos. Y era muy hermoso porque venía gente no solo de Jurisdicciones sino de toda la zona: llegaba gente de las veredas El Pantano, de El Limón, de Guaranau, de San José, de la Estrella Baja y de Santo Domingo, y así fue como llegamos a tener un grupo casi como de 150 personas reunidas dentro de nuestra comunidad. Eso era mucha gente, mucha gente. Me acuerdo que venía don Víctor, tocaba el tiple y eso se armaban fiestas muy bonitas; una vez hasta se vendieron más de cinco canastas de cerveza caliente, porque en ese tiempo con qué la enfriábamos. Y fue justamente en una de esas celebraciones que tomé la foto con mi cámara nueva.

Decidimos en reunión de junta que esos recursos que poco a poco

Entonces esos años fueron un momento de mucha esperanza, de mucha alegría: nosotros los campesinos nos sentíamos felices porque teníamos nuestro propio gobierno, porque nosotros mismos estábamos tomando las decisiones que más nos convenían como comunidad, como vereda.



íbamos recolectando nos iban a ayudar a solventar un problema muy grande, que teníamos desde hace mucho tiempo allá en las veredas, y era que no nos alcanzaba la plata para hacer el mercado de tienda, y a muchas familias les quedaba lejísimos para ir a Convención o a Teorama a hacer su mercadito de la semana. Me acuerdo muy bien, porque yo era arriero en esos años, que para ir por el arroz, la pasta, la sal, el aceite o la carne, a muchas personas les tocaba andar a pie o en mula unas tres o más horas, y a veces esa travesía les salía muy cara también, por los precios tan altos de esos productos. Por eso fue que se nos ocurrió hacer como ya habíamos oído que se hacía en Hacarí, en San Pablo y en otros lados: se nos metió la idea de montar nuestra propia tienda comunitaria, o sea, una tienda que nos abasteciera de esos y otros productos, pero que estuviera ubicada mucho más cerca de las fincas y donde la plata nos alcanzara para hacer la compra. Incluso pensamos que sería bueno que la tienda se surtiera, cuando hubiera oportunidad, con algo de la misma producción de la gente de ahí de la vereda.

Así fue como en 1987 montamos la tienda con la plata que habíamos recogido y unos pesitos que otras personas quisimos aportar. Eso se convirtió en el recurso con el que arrancamos y compramos el primer surtido. Se trajo de Convención, se vendió en la tienda, y con la platica que nos quedó fuimos agrandando un poquito el capital y así fue como surgimos. ¿Cómo lo hacíamos? Si yo tenía una mula, iba y traía el surtido, pero no cobraba, y eso hacía que las cosas se pudieran dar más económico, más barato. Y a la otra semana iba otra persona y así nos íbamos turnando.



Así fue como en 1987 montamos la tienda con la plata que habíamos recogido y unos pesitos que otras personas quisimos aportar. Eso se convirtió en el recurso con el que arrancamos y compramos el primer surtido.



Y poquito a poco, nosotros allá en Jurisdicciones alcanzamos a tener una tienda muy bien montada, con mucho mercado, y eso ayudó muchísimo a la gente del campo en esa zona. Me acuerdo tanto que en la vereda El Filo de San José había tres tiendas, y la tienda comunitaria estaba ahí en medio de las otras dos. Sin embargo, la gente iba a comprar a la tienda comunitaria porque era 200, 100 pesos más barato. Entonces lo bonito de eso fue que no vino nadie de afuera, ningún chacho a enseñarnos cómo crear las tiendas, fue algo que nació de las propias necesidades de nosotros, y que nosotros mismos pusimos a andar. En ese momento se sentía muy poco el apoyo de instituciones del Estado, y allá en la vereda nadie nos apadrinó, eso fue un puro esfuerzo de las comunidades, de las del campo, especialmente.

Lo bonito fue que con el tiempo eso parecía que se había armado como una especie de red: cada vereda tenía su junta de acción comunal y se fueron abriendo tiendas comunitarias aquí y allá, hasta en los pueblos. Y poco a poco fuimos creciendo nosotros mismos, hacia adentro. O sea, que no solo traíamos y vendíamos los productos de tienda de la semana sino que empezamos a hacer algunos esfuerzos por garantizarle a la gente la compra en buenas condiciones de parte de sus cosechas o de la carne que ofrecía.

Entonces, por ejemplo, había un señor que tenía un marrano o un novillo³ que quería vender. Pero en vez de dárselo regalado a un intermediario, que es la persona que compra y luego

³ Macho joven del ganado vacuno.

comercializa, o llevarlo hasta la pesa⁴ del pueblo, la misma tienda se lo compraba a un buen precio. Así, a él le quedaban sus utilidades y de esa manera se surtía la tienda con la carne para la semana. Y fue por ahí que nos planteamos en las reuniones de junta empezar a comprarle, además de la carne, la misma cosecha a la gente: la carga de frijol, el cafecito, el plátano, y no ir a Convención o a Teorama únicamente a comprar el surtido de la tienda, sino aprovechar y venderles también allá en el pueblo, lo que nosotros producíamos en el campo. Le dimos muchas vueltas a la idea: nos parecía una cosa complicada porque no sabíamos muy bien cómo se podía hacer.

Nos pusimos a mirar cómo era que hacían los intermediarios que nos compraban cosechas en Teorama y en Convención, y lo que nos dimos cuenta fue que era una persona común y corriente, que contrataba un flete⁵, se venía hasta la plaza de mercado de los pueblos y nos compraba la cosecha al precio que quisiera. Luego, esa persona llegaba y vendía la cosecha, por ejemplo en Cúcuta, en Ocaña o en Bucaramanga, y nos pagaba a los campesinos a los ocho días cuando regresaba al pueblo. Ese intermediario se estaba haciendo una buena plata a costillas nuestras.

Porque el asunto es que a la gente del campo nos queda siempre un porcentaje muy pequeño de la ganancia, cuando ya la cosecha o la carne llega a manos del que la consume: los que más obtienen son las empresas que procesan los productos,

⁴ Lugar en el que se vende carne. En algunos casos, también es donde se compra y sacrifica el ganado.

⁵ Se refiere aquí a contratar un servicio de transporte de carga, por ejemplo un camión.



Porque el asunto es que a la gente del campo nos queda siempre un porcentaje muy pequeño de la ganancia, cuando ya la cosecha o la carne llega a manos del que la consume: los que más obtienen son las empresas que procesan los productos, que los vuelven harinas, chocolate de mesa, lo que sea. Y luego eso mismo vuelve a la región y si nosotros lo queremos comprar, nos van a cobrar un ojo de la cara.

que los vuelven harinas, chocolate de mesa, lo que sea. Y luego eso mismo vuelve a la región y si nosotros lo queremos comprar, nos van a cobrar un ojo de la cara. Y me acuerdo tanto que mi tío Ramiro me contaba que cuando él llevaba la carga de café al comprador que había en Convención, el señor ese tenía un chuzo y con eso pu-yaba cada bulto y sacaba como unos 15 gramos de café y los tenía en la mano, para revisar el grano; y como le había hecho un roto al bulto, dejaba que cayera al piso ese otro montón de café, digamos, como buscando una forma de quitarle al campesino un porcentaje.

Entonces por eso era que nos preguntábamos: ¿Cómo es posible que nosotros, los que le ponemos las costillas⁶ al sol todos los días, los que sembramos y cultivamos la yuca, el café, el frijol, seamos los que echamos la peor parte?

⁶ Se refiere a la espalda.

Para esos momentos sacar una carga de cualquier producto era una carestía, porque no había buenas carreteras, las poquitas que había casi siempre estaban en muy mal estado. Y llegaba uno a Teorama o a Convención y allá muchas veces le tocaba vender muy barato, y volver a la casa prácticamente con las manos vacías.

Empezamos a unirnos con otras tiendas comunitarias que había en la zona y poquito a poco nos fuimos fortaleciendo entre todos. El plan que nos inventamos era recoger la cosecha de varias veredas y encargarnos nosotros de conseguir el flete y comercializarla a buenos precios. Porque la plata que le entra a uno por la cosecha, no crea que es toda para el gasto de la familia. Primero, toca reponer todo lo que uno le invirtió al cultivo: abono, el químico para las plagas, y si un vecino vino a ayudar en la cogida del café, pues toca darle lo del jornal. Y también lo que uno se gastara en transporte o pagándole a un arriero para que le llevara la cosecha al pueblo. Y a veces uno tenía su deuda con la Caja Agraria y también tocaba sacar para eso.

Ya después de todos esos gastos le queda a uno para comprar los productos de tienda que se necesitan en la casa: la carne, la sal, todo eso, y para comprarle una mudita de ropa a los hijos y de pronto para uno mismo. Entonces fíjese que uno con su tierra no le falta el trabajo, la comidita: tenemos la yuca, el ají, la presa de pollo, esa es la mayor bendición de nosotros los campesinos. Pero el problema es cuando uno la ve dura para vivir, porque no le pagan bien sus cosechas, y ahí sí se pone difícil.



En esas íbamos cuando nos dimos cuenta de que en otras veredas, de otros municipios, también estaban en ese mismo proceso y que en algunas partes, la Iglesia católica había ayudado mucho a pensar bien ese proyecto y a ponerlo a andar. Ese fue el origen de lo que se conoce como las cooperativas en el Catatumbo, todo un proceso que nació desde el mismo sentir y las propias necesidades de la gente del campo.

Así fue como para finales de los ochenta había una gran presencia de cooperativas en toda la región, como estaba pasando en otras partes, de las cuales aprendimos mucho, especialmente de los pueblos del sur del departamento de Santander. Por ejemplo, antes de que El Tarra se convirtiera en municipio -porque hasta 1991 era un corregimiento del municipio de San Calixto- allá surgió la Coomultar (Cooperativa Multiactiva de El Tarra), que se convirtió en un referente para todos nosotros en la región.

Esa era una cooperativa de los campesinos de esa zona que se montó y se organizó para comprarles a los mismos campesinos su producción de cacao y otros productos, y para garantizarles su comercialización en plazas como las de Bucaramanga y Cúcuta. Allá llegaron a tener varios camiones propios y en un momento comercializaron mucha de la producción agrícola de media provincia de Ocaña⁷, en trabajo con otras cooperativas y tiendas comunitarias, que estábamos en la región. Y esa cooperativa se fortaleció tanto que pudo ofrecer, aparte de la comercialización de las cosechas, servicios de ahorro y crédito, o sea, se constituyó como una cooperativa multiactiva.

⁷ La provincia de Ocaña agrupa los municipios de Ocaña, El Carmen, Convención, Teorama, San Calixto, Hacarí y Ábrego. Se trata de una figura heredada del ordenamiento territorial del siglo XIX, sin funcionamiento administrativo en el presente.





Esa era una cooperativa de los campesinos de esa zona que se montó y se organizó para comprarles a los mismos campesinos su producción de cacao y otros productos, y para garantizarles su comercialización en plazas como las de Bucaramanga y Cúcuta. Allá llegaron a tener varios camiones propios y en un momento comercializaron mucha de la producción agrícola de media provincia de Ocaña, en trabajo con otras cooperativas y tiendas comunitarias, que estábamos en la región.



Imagínese la oportunidad para la gente de esta región de poder pedir prestado un capital y pagarlo a cuotas con la misma venta de su cosecha. Una necesidad muy grande de la gente del campo, que infortunadamente todavía no se resuelve.

Y en La Gabarra, la misma historia. Allá estaba la Coomulsan, que se había formado de un trabajo de todas las tiendas comunitarias del río San Miguel, y hasta los trabajadores petroleros en Tibú montaron una propia, la Colsag. Los indígenas Barí también organizaron su cooperativa junto a los campesinos que vivían por los lados de Río de Oro, la Coobarí, y llegaron a tener un camión y una droguería comunitaria.

Y era muy bonito, porque las cooperativas mantenían relaciones entre sí. Por eso es que para los años ochenta y parte de los noventa hablábamos de un movimiento cooperativo, porque se estaba fortaleciendo muchísimo esa figura y se había expandido por toda la región. Así fue como se dieron por ejemplo unos campeonatos de fútbol, a nivel de cooperativas, allá para la provincia de Ocaña. Me acuerdo mucho que yo una vez participé de un campeonato donde estuvieron Ocaña, El Carmen, Convención, Teorama, Hacarí y González. Cada cooperativa llevaba a sus asociados, con un uniforme que los representaba, y se daban esos campeonatos entre cooperativas y esa era una forma de integrarse que era hasta bonita.

Y lo otro que yo recuerdo muy bien era la formación que recibíamos de la cooperativa nosotros los asociados. Además de participar en las reuniones, teníamos el deber de asistir a



formaciones en cooperativismo, liderazgo y otros temas. Entonces las cooperativas también buscaron eso y nos dejaron ese legado: nos formamos muchos hombres y muchas mujeres como líderes, siempre con la responsabilidad de estar ahí al lado del proceso y no dejarlo morir.

Como le dije, en eso jugó un papel importante la Iglesia católica en algunas zonas del Catatumbo. Por ejemplo, Coomultar contó con el apoyo de sacerdotes de aquí de la región y algunos de la Diócesis de Socorro y San Gil, porque era que allá estaba también en marcha un proceso cooperativo muy fuerte, que todavía existe. De allá vinieron sacerdotes e hicieron cursos de formación muy buenos. A la gente eso le gustaba muchísimo, y yo digo que eso fue como un despertar para nosotros en la región, un abrir los ojos. Lo mismo con mi hermana Otilia, ella fue a la casa de las Hermanas de la Presentación en Bucaramanga, terminó su bachillerato y ahí mismo aprendió sobre cooperativismo. Y también vinieron líderes de la Radio Sutatenza, ese programa de la Iglesia para hacer alfabetización a la gente del campo, hicieron formación aquí en algunas veredas, y eso también ayudó mucho.

Vivíamos con mucha esperanza en esos años, sentíamos que por fin los campesinos íbamos a poder vivir con más tranquilidad. Era muy bueno porque uno antes de eso sentía que, por ser campesino, le tocaba comer entero y quedarse callado, porque es que eran allá los doctores de la ciudad los que tomaban las decisiones que nos afectaban a nosotros y a nuestro territorio. Y no señor, todo ese proceso nos empezó a enseñar que no, que cómo era posible eso. Que éramos nosotros mismos desde nuestras juntas, y en



Cada cooperativa llevaba a sus asociados, con un uniforme que los representaba, y se daban esos campeonatos entre cooperativas y esa era una forma de integrarse que era hasta bonita.



las tiendas y en las cooperativas, quienes debíamos administrar lo que pasaba en nuestras veredas, poner en práctica muchas ideas que teníamos, apersonarnos de nuestro propio bienestar.

Esa era nuestra red, ese era nuestro movimiento. Y así se iba fortaleciendo desde las veredas y en movilizaciones muy grandes, que se dieron aquí en la región. Pero en algún momento se nos metió la política y a otros les costó mucho trabajo lidiar con la administración de las cooperativas, especialmente las

que también ofrecían ahorro y crédito, porque el Gobierno les impuso prácticamente las mismas condiciones que a un banco de la ciudad. Pero le cuento que la estocada final nos la dieron los paramilitares. A finales de los noventa, esa gente entró masacrando la región, entró diciendo que dizque las juntas y las cooperativas éramos un brazo de la guerrilla, y que los que nos reuníamos, que hacíamos algo en colectivo, éramos guerrilleros⁸. Y ahí fue cuando el tejido, ese tejido comunal tan bonito que estábamos construyendo con tanto esfuerzo, se derrumbó, fue pisoteado, pero no para siempre.

Pero esa parte si no se la cuento yo, porque a mí de cosas tristes no me gusta hablar. Por ahí, a veces, cuando me entra la nostalgia, saco mi foto y me pongo a recordar esos años y echo a sonreír. Y como que escucho las canciones de don Víctor y lo siento aquí cerquita tocando ese tiple, tanto que le dan a uno ganas como de bailar. Porque le cuento que aquí la vida, tan lejos del campo que me vio crecer y me hizo tan feliz, a veces se pone demasiado dura.



⁸ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.



La historia de La Gabarra

Hoy yo quiero cantar a mi Colombia
Con este canto de mi propia inspiración
Enumerar los episodios que recuerdo
En una historia que me rompe el corazón

Aquí llegaron a fundar el Catatumbo
Gente de Antioquia, de la Costa y Boyacá
Santandereanos, vallunos y chocoanos
Y hasta pastusos y también de Bogotá

Todos llegaron con ansias de fortuna
Y sacaron de sus tierras a la tribu de los Bari
A flecha y plomo a diario se enfrentaron
Dejando a los nativos en el cerro Bobalí

Después de un tiempo apareció la mafia
Y nuestros campesinos se hicieron ilusiones
Que con la coca saldrían de la pobreza
Pero la mafia dañó sus corazones

Regando flores por todos los cementerios
La guerra de carteles aquí se apareció
Con marchas campesinas se agudizó la guerra
Que hasta la Policía del pueblo se marchó

En el 99 llegaron los paracos
La gente corría gritando sin cesar
Unos se fueron al país de Venezuela
Otros se fueron a sufrir a la ciudad

Luego asentados en el pueblo los paracos
Se llevaban la gente con crueldad
Mataban hombres, mujeres y hasta niños
Pero hoy la historia les juzga su maldad.



Canción de carranga
compuesta e interpretada
por el profesor
Josías Buitrago,
La Gabarra



El conflicto en La Gabarra
Es algo que tengo bien claro
Desde la sembrada de la coca
Hasta la entrada de los paracos

Hace varios años pasé por La Gabarra
Solo había cuatro ranchos
Y llegué a Puerto Barco
Cuando el maíz se molía a palo

No se hablaba de guerrillas
Mucho menos de raspar un palo
Ni que aquí llegaron y robaron
Y a los que había, los mataron

Si nosotros estamos aquí
Es puro milagro
Aunque tengo dos desaparecidos
Que no sé dónde quedaron

En las noches me despierto
A pensar en el pasado
¿Qué le hemos hecho a la vida
Para que nos dé tanto palo?

A nosotros nos falta todo
A los ricos no les duele una muela
Pues no nos salieron dientes de leche
Sino de aguadepanela

Familias rodeadas de sangre
Bañados de llantos y penas
Con sus hijos desaparecidos
Pudriéndose en zanjas y cunetas

Vinieron armados hasta los dientes
Venían de tierras ajenas
Con muy malas intenciones
Y el interés por el dinero en las venas

Pasaron por los pueblos
Fumigando con metralletas
Colocando explosivos
Y sacando campesinos de sus tierras

Lo que se podían llevar, se lo robaron
Lo que no, se lo tragaron
Violaron muchas niñas y dejaron
Desamparadas viudas y huérfanos

Que la ley es pa'l de ruana
Que los pobres nos jodamos
Que los que menos ganan
Son los que más molemos

Si alguien puede hacer algo
Me gustaría conocerlo
Desearle lo mejor
Y rezar porque encuentren su cuerpo

Homicidios selectivos
Masacres encarnizadas
Enfrentamientos sin sentido
Y hectáreas de montañas fumigadas

Hijos desaparecidos
Minas enterradas
Muchachos sin apellidos

Cambiaron el sombrero y el machete
Por camuflados y armas
El pollo, la yuca y el pescado
Por comidas en lata

Si pelean por la droga
O el poder por las armas
Que lo hagan en otra parte
Pero no en nuestras casas

Si yo les cuento esto
Es porque así me lo pidieron
De mil amores lo recogería
Y lo guardaría en el baúl de los recuerdos

Que nuestros hijos más no sufran
Lo que sufrimos nosotros y nuestros viejos
Porque no se lo deseo a nadie
Ni tan siquiera a mis suegros

No queremos que remedien nada
Solo que empecemos de cero
Que nos ayuden en lo que más puedan
Y nos protejan de ellos
Todos somos vulnerables
Pero no sabemos el momento
Porque aunque estamos hoy vivos
Mañana olemos a muerto

Recojan todas las historias
Y cuenten las vainillas
Pero hagan todo lo posible
Que se termine esta pesadilla

No se olviden del Catatumbo
Aquí todavía hay gente conocida
Muchas ganas de trabajar
Porque esta tierra es una
maravilla

Quedan muchos jóvenes
Que ya saben de la vida
De lo mal que la pueden pasar
Si eligen mal su vida

Porque si nos unimos todos
Y abro las comillas
"Saldremos adelante
Aunque nos cueste la vida".



Coplas de habitante de El Tarra.

Recopilado en el marco del trabajo realizado por la Asociación Minga y la Fundación Progresar con comunidades del Catatumbo en el proyecto *Memoria: puerta a la esperanza. Violencia sociopolítica en Tibú y El Tarra. Región del Catatumbo (1998-2005)*.

EN MI VEREDA
NUNCA SE
ACABA
EL RUIDO



EN MI VEREDA NUNCA SE ACABA EL RUIDO

Esneider · El Tarra

Esta que ven aquí es mi parcela y las plantas que observan son de mata de coca. La que ahorita tengo sembrada es de La injerto, que fue la que se conoció después de La cuarentana. Y yo tengo mi cultivo por ahí desde el año 2005, cuando empecé a sembrar coca aquí en mi tierra. Pero permítame y le echo bien la historia.

Yo conocí una mata de coca a los 15 años. Bueno, en esa época fue que primero escuché hablar de esa dichosa mata. Eso fue por ahí en 1994. Me acuerdo que me encontré a un amigo mío de aquí de la vereda, una vez que fui al pueblo, El Tarra, y le pregunté que cómo le estaba yendo, que si sabía de trabajito porque en mi casa la situación estaba muy brava, era mucho el sufrimiento en mi casa en esos momentos.

Mis hermanos mayores ya habían salido de la casa y mi papá, mis hermanos menores y yo vivíamos de cultivar el frijolito, el maíz, y unas maticas de café, que ese era el cultivo que más se cosechaba por esos lados. Y también el plátano, ese que llaman chocheco.





Se veían unas madureras muy bonitas que, a veces, hasta se perdían, porque cómo se come uno todo eso. Recuerdo una vez que con el papá mío echamos una cosecha de frijol negro que nos dio muchísimo: estábamos muy contentos porque logramos recoger como 10 cargas. Pero nos tocó dejarlas perder, se perdieron, porque simplemente valía más el flete para sacarlas a El Tarra, que lo que nos iban a pagar por el frijol. Entonces nos tocó dejarlo para comérmolo nosotros, pero no fuimos capaces y regalábamos por ahí a la gente de la vereda, pero siempre el resto se perdió, prácticamente no se hizo nada.

Entonces el amigo mío me miró y le dio risa. Me dijo que estaba perdiendo el tiempo allá en la vereda, porque en La Gabarra era donde estaba el trabajo y se veía la plata. Yo al principio no le creí. Pero me invitó a tomar una gaseosa y ahí me contó todo. Al día siguiente, sin pensarlo dos veces, empaqué dos camisas y un pantalón y le dije a mi papá que me iba a trabajar a La Gabarra como raspachín¹.

Esa vez duré únicamente 15 días en el oficio de raspar coca. Me aburrí muchísimo. Uno está acostumbrado a los cultivos, al trabajo con la tierra, a untarse las manos de mugre, a que le piquen los bichos. Pero esa vaina me pareció muy dura esa primera vez. Con contarle que la primera noche no pude dormir del desespero: me picaba todo el cuerpo y me entró una fiebre muy alta. Imagínese, ¡cómo no! Todo el santo día bajo ese rayo de sol raspando esas matas de coca a mano limpia,

¹ Véase el capítulo *El pasado y el presente de la coca del informe Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en torno a las dinámicas del cultivo de la coca en la región.



Recuerdo una vez que con el papá mío echamos una cosecha de frijol negro que nos dio muchísimo: estábamos muy contentos porque logramos recoger como 10 cargas. Pero nos tocó dejarlas perder, se perdieron, porque simplemente valía más el flete para sacarlas a El Tarra, que lo que nos iban a pagar por el frijol.

yo sin estar acostumbrado a ese clima tan caliente de La Gabarra. Y ni qué contarle de cómo se me pusieron las manos. Al tercer día tenía tantas cortadas en los dedos que me daba miedo mirármelas, y casi ni podía coger la cuchara para tomarme la sopa.

En ese entonces cogía muy poquitas hojas. Hasta vergüenza me daba a mí llegar y vaciar el trabajo de todo el día frente a los otros raspachines, que sí les rendía bastante y raspaban hoja mucho más rápido que yo. Así fue como me gané un apodo que tienen allá en las fincas donde se cultiva y se recoge la coca. Yo estaba una vez esperando que la cocinera me trajera la sopa del almuerzo, cuando la oí que me dijo que yo era el *pichacomida*. Yo no entendí por qué todos se rieron. Pues bueno, me vine a enterar que esa es la forma en que llaman a los que no recogen buena cantidad de hoja, que no les rinde y que lo que hacen en el día ni siquiera les alcanza para pagarle al patrón lo que se gasta en darle la comida a uno.

Y ni qué contarle de cómo se me pusieron las manos. Al tercer día tenía tantas cortadas en los dedos que me daba miedo mirármelas, y casi ni podía coger la cuchara para tomarme la sopa.



Me entró mucha vergüenza. En ese momento me dije que por allá yo no volvía ni arriado, que tendría que ayudarle al papá mío pero de otra forma. Algo me inventaré, pensé. Pero mentiras. Al mes regresé a La Gabarra, a otra finca. Y ahí poquito a poco me fui ganando el respeto del patrón y el de los demás compañeros, los otros raspachines. Yo pensé que me tocaba hacer mucho esfuerzo para quitarme ese apodo que me habían puesto en la primera finca, porque creía que si se enteraban en otro lado, no me iban a volver a dar ningún trabajo. Y ahí fui aprendiendo la técnica para raspar hasta que me volví un coco. Ese es el nombre que le tienen a los que recogen más hoja. Yo pensaba: "Si soy capaz con un corte de maíz ¿por qué me va a quedar grande la coca?".

Tan pronto regresaba a El Tarra yo cogía para el ranchito donde vivía, llevaba un mercadito y le daba el centavito al papa mío. Por eso yo hoy pienso que cuando salí para la raspa a los 15 años, como que me volví adulto, ya aportaba para la casa, ya sentía que era una persona responsable hasta para armar mi propio hogar. Entonces a mí me quedó gustando, me amañé. Viendo la situación tan berraca ahí en la casa, yo le dije al papá mío que yo iba a seguir de raspacho.

Una vez en 1997 cogí para La Gabarra y me estuve como tres meses en la misma finca, y esa vez me acuerdo que traje casi como unos 800 mil o 900 mil pesos. Para esos años eso era buena plata, y a uno le alcanzaba para hacer su buen mercado, comprarse ropa y tomarse sus cervezas. Con decirle que nunca habíamos visto que el trabajo en el campo diera esa plata.



Claro, coca solo había en La Gabarra, y por ahí en algunas veredas de El Tarra, que colindan para ese lado. Aquí para el medio Catatumbo no había llegado todavía la mata de coca así fuertemente, entonces La Gabarra era el punto al que llegaba muchísima gente de esta región y de todo el país, hasta de Venezuela, a trabajar. Yo me encontraba allá gente de la Costa, santandereanos, venezolanos. Y hombres y mujeres. Al principio veía uno más a las mujeres allá cocinando para los obreros, pero de un tiempo para acá echaron a aparecer mujeres también en el cultivo, raspando, así como uno.

Duré mis años trabajando en una y en otra finca coquera hasta que se metieron los paramilitares a La Gabarra. Eso desde hacía un buen rato se oía el *run run* de que esa plaga se iba a meter, que por ahí venían. Y también se dijo mucho que una de las estrategias que ellos usaron fue mandar a mismos paracos, que se hicieran pasar por raspachines, para hacer inteligencia en las fincas coqueras. Como en esos momentos las FARC controlaban mucho lo que era la raspa y cobraban un impuesto a los dueños de las fincas, entonces el pensado de los paracos era entrar y apropiarse ellos solitos de la vaina. Yo la verdad es que nunca me di cuenta de nada extraño, cada uno iba por su lado, yo casi ni hablaba con nadie, porque me entró miedo toda esa vaina. Esa fue la época cuando las FARC nos obligaron a utilizar un carné a los raspachines y a la gente que se movía por la zona, que para identificar quién entraba y quién salía².

² Véase el capítulo *La larga historia de las guerrillas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas de presencia y control de las guerrillas en la región.



Y póngale que en 1999, estando yo por allá, ocurrió la masacre del 21 de agosto ahí en La Gabarra, en el pueblo³. Pero yo corrí con suerte porque estaba en una vereda alejada del pueblo, y al otro día se corrió la bola que una masacre y que tal, entonces yo recogí lo que pude y salí de allá. Hasta una raspada me la quedó debiendo el patrón porque yo dije no, con lo que yo tengo me voy, y sí, me vine para la vereda, a acompañar a mi papá, que ya estaba muy enfermito. Pero cuando veníamos en el bus de camino nos tocó un retén de los paramilitares. Ahí mataron a dos muchachos. Le dijeron al del bus: "Siga, que estos manes se quedan con nosotros aquí", y uno calladito la boca, sin poder chistar palabra por el miedo. Y el señor arrancó y cuando íbamos más adelantico fue que escuchamos los tiros.

Pero lo que no sabía es que esa gente iba a llegar luego a la propia vereda de uno. Un año después de esa masacre, en el 2000, se metieron los paracos a El Tarra y eso fue una cosa muy desastrosa: el uno corría para un lado, el otro corría para el otro. Ellos entraron por la zona rural, por las veredas, robando y matando lo que encontraban: se robaron todo el ganado de una familia amiga de nosotros, les quitaron siete vacas de ordeño que tenían, se llevaron el reproductor de la vaca, todo se lo robaron; los piscos⁴ los mataban y los animales que no podían comerse, los dejaban ahí tirados, muertos. Eso hicieron un desastre muy berraco, y anunciaban que ya iban para la vereda de nosotros y por eso fue que nos tocó desplazarnos. Un

³ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

⁴ Pavo doméstico.



domingo llegó una persona amiga que nos dijo: "Piérdanse de por aquí porque los paramilitares vienen ahí, de Aguasal vienen para acá, para la vereda". Y nosotros agarramos por ahí lo que pudimos, dejamos botados los animalitos y una cosecha de frijol de ese negro que yo había sembrado y ¡córrale!

Entonces los paras hicieron sus recorridos, al que encontraron lo mataron y nosotros, como corrimos, gracias a Dios estamos contando la historia, porque allá para donde nos fuimos no quisieron entrar. Al hermano mío sí lo mataron, lo agarraron en El Tarra, en el pueblo, y lo mataron por quitarle una casa y porque supuestamente él era de la guerrilla. Bueno, no fue que solo lo mataron: lo torturaron, lo masacraron, le echaron ácido en la cara, le dieron machete... eso fue una tragedia muy dura que se vivió en ese conflicto.

Cuando los paramilitares fue una época muy arrechá⁵ que uno no desea ni recordar eso, porque créame que son cosas que uno se pone a pensar y le dan hasta ganas de llorar. Fue en esos años donde se despelotó bastante la comunidad: los unos agarraban para un lado, los otros agarraban para el otro, y nosotros el miedo nos tenía así, paralizados.

Eso se perdieron las cosas que se habían hecho antes, todo el proceso que tenía la gente con la junta de acción comunal. Porque los paracos entraron con la estrategia de matar a la gente del campo, no venían buscando la guerrilla, eso fue un puro pretexto, vinieron fue buscando al campesino, digo yo,

⁵ Término muy común en los santanderes para referirse, en este caso, a la dificultad que reviste una situación.



Cuando los paramilitares fue una época muy arrechá que uno no desea ni recordar eso, porque créame que son cosas que uno se pone a pensar y le dan hasta ganas de llorar. Fue en esos años donde se despelotó bastante la comunidad: los unos agarraban para un lado, los otros agarraban para el otro, y nosotros el miedo nos tenía así, paralizados.

porque el campesino fue el que de verdad sufrió. A la hora de la verdad, las organizaciones armadas no sufrieron: de toda la gente que los paracos mataron en la zona del Catatumbo, créame que no mataron a un guerrillero. Matarían en combates, pero créame que guerrilleros no, mataron fue campesinos, porque ellos venían con una estrategia de matar a la gente, para que el poquito que quedara se fuera, y entonces venir con máquinas a explotar lo que había en el Catatumbo, las riquezas naturales de esta tierra.

Sin embargo, cuando yo estaba desplazado pasó algo bonito: conocí a una muchacha que también le había tocado desplazarse. Y a mí ella me pareció muy buena persona y entonces yo le dije que si quería que hiciéramos un hogar, que formáramos una familia, y ella me dijo que sí y al final nos casamos. Yo cuando eso tenía 22 años y ya tengo tres hijos con ella. Es



una mujer muy trabajadora también, y ella y su familia son personas sufridas, así como uno.

Fue por eso que después de que se fueron los paramilitares del Bloque Catatumbo a finales de 2004, nosotros regresamos y yo me conseguí una tierrita que era de mi cuñado, y él me dio mucha facilidad para yo poder pagársela. Desde ese momento yo empecé a echar mi cultivo de coca, para qué le voy a decir mentiras, yo la verdad la digo, donde sea. Es que dígame: ¿Qué hace uno después de semejante desastre? Es que ni los animales quedaron cuando se fueron los paracos y pudimos volver a nuestras fincas.

Entonces sembrar la mata de coca se volvió para nosotros como una resistencia, como la única manera para poder quedarnos aquí en esta tierra haciendo lo que nosotros sabemos hacer, que es cultivarla. Entonces yo preparé la tierra, me conseguí las semillas y monté mi cortecito de coca, porque yo miré que no había el sustento, no había para el sustento. Es poquita la tierra que yo tengo y además es muy poco lo que le compran a uno la cosecha de frijol, de maíz, de plátano. El Tarra, por ejemplo, ya con 10 cargas de plátano se abastece, ya nadie compra más, se abarata. Y mi pedazo de tierra es bueno para el plátano, pero ¿qué se puede hacer si es para que se pierda?

Yo ahorita estoy agarrando unas 100 arrobas de hoja y me quedan dos kilos de mercancía, o sea, de pasta base. Y cuando uno la vende, la platica que recibe tiene que durarle dos o tres meses, hasta que la mata vuelva a echar hoja.



Desde ese momento yo empecé a echar mi cultivo de coca, para qué le voy a decir mentiras, yo la verdad la digo, donde sea. Es que dígame: ¿qué hace uno después de semejante desastre? Es que ni los animales quedaron cuando se fueron los paracos y pudimos volver a nuestras fincas.



Pero yo no soy un narcotraficante, como uno oye que dicen los noticieros. Soy una persona humilde que quisiera cambiar esa actividad, porque no nos está enriqueciendo, solo nos da lo del sustento, pero en cambio sí nos trae más violencia. Los narcotraficantes son esos que no son de la región, los que sacan la coca a las ciudades y que tienen sus conexiones por allá con los carteles de la droga y todo eso.

A diferencia de ellos, que les importa tanto controlar sus rutas y sus cosas, nosotros acá entre los vecinos no nos vamos a matar por coca. Aquí nos respetamos, en las comunidades tenemos unos reglamentos y los hacemos cumplir para poder vivir bien, porque en mi vereda casi que todo mundo vivimos es de coca, para qué le voy a mentir. Pero ya, por ejemplo, el que compra la mercancía, el narcotraficante, ahí sí puede haber muertes por causa de eso. Nosotros somos campesinos que cultivamos la mata, porque es lo único que nos deja algo para el

Es poquita la tierra que yo tengo y además es muy poco lo que le compran a uno la cosecha de frijol, de maíz, de plátano.

El Tarra, por ejemplo, ya con 10 cargas de plátano se abastece, ya nadie compra más, se abarata. Y mi pedazo de tierra es bueno para el plátano, pero ¿qué se puede hacer si es para que se pierda?



sustento, la única cosecha que tiene más o menos asegurada su salida aquí en esta región.

Porque créame que la coca es una mata como cualquiera: toca echarle su buen abono, toca cuidarla, porque hay muchas veces que le cae el hielo cuando el tiempo de invierno, y hay un daño que le cae también muchísimo y es que se seca la mata. Y son cosas de que la coca no trae riqueza, sino que más bien uno se mete a deber con todo el mundo, desde que va a empezar la raspa, o desde que uno empieza a sembrar: con la tienda, con el que vende los químicos. Porque para sacar la base, la mercancía, eso es un proceso muy berraco: lleva cemento, cal, hay otros que utilizan el sulfato para procesarla, para trabajarla, se necesitan también gasolina y la guadaña, para picar la hoja al puro principio.

Entonces por eso a uno como coquero, como campesino coquero, le da mucha rabia cuando dicen por ahí que nosotros somos millonarios y otro poco de mentiras. Cuando era esa bonanza coquera en La Gabarra, cuando yo salí para allá, en ese momento sí se vendía la coca y la pagaban bien, en esa época pagaban algo más de lo que gana uno hoy en día. Pero ya ahorita no, ya ahorita uno está con angustia porque eso no da, porque es poco lo que compran. Le queda a uno para pagar el químico, la gasolina, el proceso que lleva, y para pagar la deuda en la tienda y vuelve y queda uno así, mire, de mano cruzada. Le da a uno para la comidita, para enredarle a la familia la yuca o el plátano, el pescadito, la carne, el arrocito.



Y yo le digo que desde que regresé a mi tierra después del desplazamiento yo no le puedo decir de una sola cosa que me haya llegado por parte del Gobierno, una ayuda, que a la vereda o a la comunidad le haya llegado por ejemplo un proyecto que nos garantice que nos van a comprar una cosecha a un buen precio, nada. Más bien llegó con esos aviones a tirarnos veneno y ahora, más para acá, a mandarnos bombas que porque por aquí es donde vive la guerrilla. Con decirle que en la vereda de nosotros nunca se acaba el ruido, porque cuando no era una avioneta fumigando, es el helicóptero rondando, mandando tiros y bombas, mejor dicho.

Y eso no se sabe cuál grupo sea, si serán los grupos de la ley o los grupos armados, uno eso lo desconoce.

Cuando hubo la época donde nos fumigaron con glifosato, eso fue terrible también. Aquí nos dañaron yuca, nos dañaron plátano. Vea, la mata de plátano se pone amarilla,

Más bien llegó con esos aviones a tirarnos veneno y ahora, más para acá, a mandarnos bombas que porque por aquí es donde vive la guerrilla.

Con decirle que en la vereda de nosotros nunca se acaba el ruido, porque cuando no era una avioneta fumigando, es el helicóptero rondando, mandando tiros y bombas, mejor dicho.



amarilla y a lo último las hojas se le caen, se seca y no da más fruto. La yuca es más resistente porque tiene una leche, pero entonces se le amarilla el cogollo y uno va a arrancarla y no se puede comer porque eso sale como si uno mordiera una piedra. Y los pobres animales se ponen garrapatosos, enfermos. Eso se contamina todo, el agua, el pescadito. Por aquí hay unas quebraditas donde había unas lampreas⁶ y eso se acabó, eso es una cosa que contamina todo. Porque cuando van y fumigan no lo hacen solo con la coca, sino que fumigan todo: rastrojeras, potreros, monte. Porque el que está haciendo eso está contratado, ganando un capital, y él no tiene nada que ver con los campesinos porque él no ha sido una persona sufrida, entonces llega y arrebatata con lo que pueda mirar adelante.

Por eso fue que aquí en el Catatumbo se dieron varias marchas, donde nos tocó exigir que no fumigaran, que no arrancaran los cultivos de coca así a la fuerza. Y no, porque uno no quiera de pronto cambiar ese sistema de la coca, sino porque explíqueme usted ¿de qué vamos a vivir, por ejemplo, en mi vereda, si vienen y nos dejan de un día para el otro sin el sustento, sin las matas? Gracias a Dios que eso ya paró, pero porque nos tocó salir y oponernos, porque eso era una cosa muy dura para nosotros aquí en el campo.

Y la otra parte que nos ha tocado vivir aquí es por ejemplo esa vez que hubo un enfrentamiento entre el Ejército y la guerrilla por el lado de La Hoya ¡y usted viera cómo volvieron la escuela! Tan de buenas que eso fue a la hora de la tarde y ya

⁶ Una especie de pez.





Eso se contamina todo, el agua, el pescadito.
(...) eso es una cosa que contamina todo.
Porque cuando van y fumigan no lo hacen solo
con la coca, sino que fumigan todo: rastrojeras,
potreros, monte.

los niños se habían ido, porque no tenían restaurante y habían hecho clase hasta mediodía. Vino un avión del Ejército y *run*, bombardeó, tiró el rafagazo y eso pasó por medio del salón de clases. Lo acabó. Y esos aviones hasta de noche, cuando uno menos espera, lo despierta el *ta ta ta*. Pero la verdad es que ya a uno no le da como tanto miedo, porque ya se enseñó, se acostumbró a vivir en ese sistema. A la hora de la verdad uno escucha un avión y uno lo analiza: ya como que uno sabe que está en el conflicto, que está en la guerra, que ya uno se prepara como para que le manden una bomba, ¿sí? Le parece a uno como que no le queda otra opción.

Por eso es que a nosotros en la vereda nos gusta lo de la negociación de paz con las FARC, pero para nosotros decir que hay paz es cuando haya una vida más digna, que no se nos muera en la puerta del hospital, por ejemplo, un familiar, un vecino, un campesino. Donde haya una vida mejor para nosotros, que tengamos una casa buena, una buena finquita para trabajar y dejarle el futuro a los hijos. Que tengamos buenas vías, que nosotros seamos felices de andar en la carretera de Cúcuta a Tibú; ahí hay un trayecto donde uno ya se siente contento, porque ya no se siente brincar el bus. Que la vereda de uno tuviera una carretera, que uno viera que las ideas y las propuestas que nosotros tenemos las escuchan, que podamos gestionar nuestros propios proyectos para los campesinos, que el Gobierno no nos mire como con esa desconfianza, ¿sí? Así es como yo veo que mejoraríamos nuestra vida aquí.



Y que le den participación en las negociaciones a todos los grupos que están armados. Porque créame que nosotros como campesinos estamos humillados al que tiene el arma, sea de la parte que sea, y que uno se desmovilice, no quiere decir que ya se acabó el conflicto en esta región. Porque los armados nos dicen: "Usted tiene que hacer esto", y nos humillan que nos van a matar... entonces nosotros por el temor de que nos maten, y por favorecer la vida, pues esa es la humillación que uno siente como campesino. Y necesitamos que eso pare, no queremos eso nunca más.



UNA VIDA
DE
ZOZOBRA



Pues la gente siempre insistiendo
Que lo dejaran mirar
Ellos decían que ese no era
Nuestro querido y apreciado familiar

Pues preguntamos que cómo era el
hombre
El que habían asesinado
Decían que era otro
Que ese no era el que nosotros
buscábamos

Pues lo echaron en un helicóptero
Y todavía negaban su nombre
Acá en El Tarra no resultó
Pero en Ocaña sí apareció
en la morgue

No entendemos por qué
Tienen que asesinar a un campesino
Dejando a su esposa sufriendo
Y huérfanos a los niños

Te fuiste dejándonos un vacío
Que jamás se nos podrá olvidar
Dejando a tus familiares, amigos, esposa
Y tus hijos en especial

Porque fuiste un hombre honrado
Humilde y trabajador
Que tú estés descansando
Es lo que le pedimos a Dios

Pues tú no debías nada
Te asesinaron como a un niño
Tú eras un trabajador
Que solo se esmeraba por su esposa
y sus hijos

El 13 de octubre
Una fecha de recordar
Asesinaron un campesino
La Brigada 15 del Ejército nacional

Él se fue el 13 de octubre
A las seis de la mañana
Se llevó una bestiecita
Y su machetillita amarrada

La bestiecita y la machetillita
Las dejó donde salía el carro
Y él se fue escotero
A traer el mercado

Se fue a las tres de la tarde
De acá de El Tarra
Pues iba muy afanado
Porque había dejado la bestiecita
amarrada

Yendo cerca de aquí de El Tarra
El Ejército lo detuvo
Y lo dejaron toda la noche
Y a las tres de la mañana
unos disparos se escucharon

Pues era un campesino
Que su mercadito él bajaba a comprar
Para mantener a su esposa e hijos
Y lo que hicieron fue asesinar

Su esposa muy afanada
Porque él no aparecía
Porque él no estaba enseñado
A quedarse fuera de la casa
absolutamente ningún día

Pues la gente se dio cuenta
Que habían asesinado un campesino
Y les dijimos que nos lo dejaran mirar
O si no que dieran sus apellidos

Ya con estas nos despedimos
Con un vacío lleno de dolor
Le pedimos al Dios del cielo
Que no vuelvan a asesinar a un trabajador.



Coplas de habitante de El Tarra.

Recopilado en el marco del trabajo realizado por la Asociación Minga y la Fundación Progresar con comunidades del Catatumbo en el proyecto *Memoria: puerta a la esperanza. Violencia sociopolítica en Tibú y El Tarra. Región del Catatumbo (1998-2005)*.

UNA VIDA DE ZOZOBRA

Esther · Guamalito, El Carmen

En esta región nos tocó acostumbrarnos a vivir con la zozobra. Desde que yo estaba en la barriga de mi mamá nos ha tocado salir corriendo, llorar, vivir con miedo. Cuando una cree que ya de pronto va a poder dormir tranquila, se oye un tiro o una explosión en la montaña y entonces ya se sabe que la situación se va a poner dura.

Cuando se fueron los paramilitares nos pasó eso. Nos duró poquito la tranquilidad. No fue sino que los otros dieran la vuelta para que se llenaran las veredas y los pueblos de Ejército y Policía. Y eso no tendría por qué preocuparla a una, pero aquí en la región eso también nos ha producido muchos dolores, sobre todo acá en el campo. Esa militarización tan brava nos dejó no solo humillaciones y mucha zozobra sino que se llevó para siempre a mi hermano Ignacio.

Nosotros hemos vivido y trabajado en esta vereda por muchos años. Con decirle que mi familia solo se movió de aquí cuando la violencia paramilitar. Por ahí en 2004, a mis nonos les tocó irse para Bucaramanga a aguantar hambre por allá, y mi mamá y



mi papá se internaron con nosotros en el territorio de los indígenas Barí para poder sobrevivir. En ese momento los Barí nos tendieron la mano, y nos permitieron salvaguardar nuestras vidas en su resguardo, porque hasta allá no fueron capaces de meterse los paramilitares. Pero aparte de eso, mis nonos y mis papás siempre han habitado estas tierras, esta finca, y yo tengo mi propia familia aquí, pues me organicé con un muchacho de la vereda y aquí levanto a mis dos hijas.

Pero, aunque seamos nosotros quienes nos conozcamos esta zona como a la palma de la mano, y no sepamos de otro lugar para vivir sino este, cuando salieron los paramilitares en 2006 y pudimos regresar, vinieron los militares a acantonarse en la escuela de la vereda, a hacernos preguntas, a sospechar de nosotros. Requisas, allanamientos, mucho temor. Nosotros, los habitantes de esta tierra, éramos sospechosos únicamente por el hecho de vivir aquí, por trabajarla.

Me acuerdo una vez que, a finales de 2008, fui con mi esposo a Ocaña. En ese momento ya estábamos muy atemorizados de andar solos por la vereda, especialmente nosotras las mujeres, porque eso estaba lleno de soldados, que la miraban a una como mucho, con desconfianza, y una se sentía muy asustada, como observada, como si estuviera en peligro. Me acuerdo tanto que fue a partir de ese día que yo dije que si volvía a Ocaña, nunca iba a decir la verdad cuando me preguntaran de qué pueblo vengo y mucho menos de cuál vereda. Porque si una dice que de Guamalito, en El Carmen, y encima da el nombre de la vereda, inmediatamente la gente la mira a una mal, les da como miedo, una les genera sospecha.

Volvíamos a Guamalito por la tarde con mi esposo, en el bus de línea, y en un retén militar nos hicieron bajar. Y ahí fue donde yo le respondí al soldado, que me lo preguntó, que yo era del campo, que nos tocaba llegar al pueblo y coger carretera hasta la finca. Pues cómo le parece que ese día nos retuvieron. Le dijeron al señor del bus que siguiera, yo no sé qué era lo que nos querían hacer, pero nos pusieron allá en un potrero y nos decían: “Hoy se mueren ustedes, hoy les toca”. Y yo petrificada del miedo. Afortunadamente a mi esposo no le da pena hablar y les decía: “Ustedes no pueden decirnos eso ni hacernos nada, déjenos ir porque ya allá en la vereda saben que ustedes nos tienen aquí amenazándonos”. Por fin, como cuatro horas después, nos dijeron que nos largáramos y nos tocó pagar un carro particular que nos trajera hasta acá, porque ya buses no pasaban.

Entonces ya nos entró mucho temor, especialmente cuando empezamos a conocer lo que algunos soldados les estaban haciendo a nuestros mismos vecinos, a nuestras familias. Aquí en la vereda se empezó a escuchar de los nombrados “falsos positivos”¹, en 2007, una vez que unos soldados montaron en un camión a un muchacho campesino de ahí de Guamalito y de él no se supo más, hasta dos días después².

Imagínese la sorpresa de todo el mundo cuando se supo que dizque el Ejército en Ocaña lo había presentado como un guerrillero muerto en un enfrentamiento. Eso todo mundo nos pusimos muy mal, fue muy triste, nos dio rabia. La mamá de ese muchacho le tocó ir a

1 Forma en la que se hace referencia a las ejecuciones extrajudiciales realizadas por miembros de la fuerza pública, en las que se hace pasar a campesinos por guerrilleros muertos en combate.

2 Ver el capítulo *Persistencias, reconfiguraciones y disputas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar en las dinámicas de la comisión de ejecuciones extrajudiciales a manos de miembros de la fuerza pública en el Catatumbo.



Volvíamos a Guamalito por la tarde con mi esposo, en el bus de línea, y en un retén militar nos hicieron bajar.

(...) Le dijeron al señor del bus que siguiera, yo no sé qué era lo que nos querían hacer, pero nos pusieron allá en un potrero y nos decían: “Hoy se mueren ustedes, hoy les toca”. Y yo petrificada del miedo.

recogerlo a Ocaña y ¡qué denunciar ni que nada! porque yo no sé qué le dirían por allá, pero ella quedó muy asustada y con muchos nervios. Lo que yo no sabía en ese momento es que luego nos iba a tocar el turno a nosotros, en mi familia.

Mi hermano Ignacio jornaliaba en fincas, él se movía por toda esta zona y pasaba días que no venía a la casa porque prefería quedarse a dormir donde estuviera trabajando. Entonces él se movía de aquí para allá y, casi siempre iba solo. Salía muy temprano por la mañana y, los días que volvía, regresaba a veces tarde, por ahí a las siete de la noche. Él por su afán de venir a ver a sus dos hijitos y a su esposa. Eso les traía cositas para que los niños se contentaran: chamizos que parecían de la forma de algún animal, piedras con formas muy raras, esas cosas.

No podía traerles nada material, porque nosotros siempre hemos sido una familia con muchas necesidades, pero con el trabajo en el campo hemos logrado levantar la cabeza y ahí vamos.



Él por su afán de venir a ver a sus dos hijitos y a su esposa. Eso les traía cositas para que los niños se contentaran: chamizos que parecían de la forma de algún animal, piedras con formas muy raras, esas cosas.



Y aconteció que una vez, en noviembre de 2007, cuando él estaba trabajando en una vereda que queda a unas dos horas de aquí, lo retuvieron unos militares y de él no se supo más nada. Como él a veces se quedaba a dormir en las fincas, pensamos que eso era lo que había pasado esa vez.

Pero tremenda sorpresa cuando viene un vecino y nos cuenta semejante situación: que por la radio había salido que dizque mi hermano Ignacio era un guerrillero y que el Ejército lo había dado de baja en un enfrentamiento, que supuestamente había habido allá en la vereda donde él estaba trabajando. Que fuéramos al Batallón en Ocaña a recogerlo.

Así le tocó hacer a mi mamá y a la esposa de él. Pero yo no fui capaz de ir, quedé demasiado mal con esa noticia. Pensaba en el momento en que le pusieron un arma en las manos a mi hermano: sus manos callosas, cansadas de tanto cultivar la tierra, con cicatrices por el trabajo en el campo, dizque sosteniendo un fusil, que alguien le había puesto en ese lugar.

Imagínese el dolor y la rabia de nosotros y de la demás gente que lo conocía. Soldados que llegaron por montones a las veredas que para protegernos, estaban matando a campesinos diciendo que supuestamente eran guerrilleros. Cómo iba uno a denunciar, a poner una queja para que se dijera la verdad de lo que había pasado. No solo le quitaron la vida a mi hermano sino que además le pisotearon su buen nombre inventando que era guerrillero. Y como nosotros somos campesinos que vivimos alejados del pueblo y mucho más de la ciudad, pues por eso creen que nos pueden hacer esas cosas,

porque saben que uno no se mueve muy bien por allá poniendo quejas y acercándose a hablar con un abogado ni nada de eso.

Y con el tiempo fue que nos empezamos a dar cuenta de que eso no le pasó solo a mi hermano y al vecino, sino a muchos otros hombres de toda esta región del Catatumbo, y que antes también había pasado. Porque después fue que supimos cómo era que habían hecho: ellos no mataron a ninguna mujer, fueron puros hombres jóvenes, la mayoría campesinos, que les tocaba andar por los caminos y trochas en las veredas. Y tampoco mataron a ningún líder o a una persona que fuera visible, porque así les quedaba muy difícil inventar que esa persona supuestamente era un guerrillero.

Nos tocó tragarnos el dolor por nuestro hermano y nuestros vecinos porque uno sabía que las autoridades no iban a ponerle cuidado a eso. Lo que nos ayudó a que por fin nos creyeran fue cuando se destapó ese caso de los jóvenes que trajeron desde Soacha, por allá cerca a Bogotá, y los hicieron pasar ahí en Ocaña como supuestos guerrilleros. Ahí fue donde nos dimos cuenta de que la muerte de mi hermano no había sido un único caso, y nos tocó ver, con dolor en el alma, que esos que nos tienen que proteger, habían venido era a sembrar terror y zozobra a esta tierra.

Por eso es que yo cuando estoy por ahí ordeñando o haciendo los oficios, me pongo a pensar en mi hermano querido y me cuestiono: ¿Hasta cuándo le tocará a una vivir con ese miedo, con ese temor de que algo pase? ¿Será que mis hijas van a poder tener una vida como un poquito más tranquila?



Pensaba en el momento en que le pusieron un arma en las manos a mi hermano: sus manos callosas, cansadas de tanto cultivar la tierra, con cicatrices por el trabajo en el campo, dizque sosteniendo un fusil, que alguien le había puesto en ese lugar.



Yo creo que nosotras, las personas que vivimos aquí en el campo, no nos merecemos eso. Pienso que nos merecemos es que nos dejen cultivar nuestra tierra y sacar adelante a nuestras familias. No necesitamos ni del arma de este ni del arma del otro, porque eso nos llena es de miedo, nos pone nerviosas, no nos deja dormir. Y yo siento que uno les transmite todo eso a los hijos y ellos, pobrecitos, no entienden todavía muy bien qué es lo que pasa. Y yo creo que eso no es vida, andar con esa zozobra desde antes que una hubiera nacido, desde antes que los hijos de una hubieran nacido, yo creo que eso no es vida para nadie.



Cuando el Catatumbo estuvo en llamas
Cuando ya no había pasos atrás
Cuando todo estaba perdido
Germinamos para amar

De las pérdidas nos encontramos
De las derrotas nos levantamos
De la sangre resucitamos
Del odio aprendimos a amar

Nos encarcelaron y fuimos libres
Nos amordazaron y gritamos
Nos ataron y volamos
Nos derrotaron y ganamos

Pretendieron acabarnos y nos forjaron
Pretendieron expulsarnos y nos quedamos
Pretendieron incinerarnos y resurgimos
Pretendieron asustarnos y nos hicimos guerreros

De la noche oscura surgimos
De la tormenta nacimos
Del miedo nos alzamos
Del dolor nos superamos

Al final de cuentas nos forjamos en el dolor
Al final de cuentas la valentía nace del miedo
Al final de cuentas las heridas nacen de caminar
Al final de cuentas sufrimos para volver a amar

Somos enfermedad
que se cura día a día
Ya no tenemos miedo
Perdimos el dolor después de tanto sufrir
Somos Catatumbo tierra en llamas
De las cenizas a las semillas
Pensando en avanzar
Germinando para andar



José Manuel Alba Maldonado.
Docente Universidad Francisco de
Paula Santander, Ocaña

CUANDO NOS
VOLVIMOS A
PONER DE PIE



CUANDO NOS VOLVIMOS A PONER DE PIE

Ana Isabel · Campo Dos, Tibú

Nosotros, los campesinos y las campesinas que hoy estamos organizados, decimos que somos herederos de todas esas luchas que lideraron nuestros papás, nuestros abuelos. Porque una de las cosas que nos gusta a nosotros de hacer memoria es que podemos recordar que no fue ayer la primera vez que en el Catatumbo la gente se movilizó, que salió a marchar, que exigió sus derechos. Por eso es que decimos que somos herederos, y por eso mismo es que buscamos continuar esos procesos organizativos que la violencia ha querido destruir.

Lo que pasa es que a mucha gente se le olvida, porque muchos líderes y lideresas de esta región han sido asesinados o desaparecidos, y a muchos otros les tocó irse de acá o bajar mucho el perfil. Pero eso no empezó a partir de 1999, cuando entraron al Catatumbo los paramilitares de las AUC, sino que viene desde antes. Por allá a finales de los años ochenta mataron a mucho líder, y eso fue una matazón tremenda.



Aquí en el Catatumbo recordamos mucho un gran momento, cuando la gente del campo se organizó y salió a marchar: el Paro del Nororiente de junio de 1987¹. Esa fue una movilización sin precedentes aquí en la región, y la gente que llegó a concentrarse en Ocaña, Tibú y Cúcuta fueron aproximadamente unas 30.000 personas.

¿Y por qué se movilizó la gente así, de esa forma, en esa época? Por las condiciones en que les tocaba vivir todos y cada uno de los días: no teníamos acceso a servicios básicos, en especial, la electrificación, por eso nos tocaba a punta de velas y de lámparas de petróleo, una vez se oscurecía; las vías, las que existían, estaban en condiciones deplorables, pésimas, y uno se podía gastar hasta tres días yendo desde El Tarra hasta Ocaña; la salud en muy malas condiciones, también, y tocaba rogar para no enfermarse, y cuando eso pasaba, corra adonde una curandera o un curandero, a que le diera a uno con cuál era el mal; y la educación era terrible: no había suficientes escuelas en las veredas y no teníamos profesores que pudieran trabajar de manera permanente en las veredas.

Como le escuché decir una vez a un líder social de aquí de la región: “La visión más grande del Paro del Nororiente era la luz para el Catatumbo”. Imagínese usted. Eso a nosotros hoy nos cuesta creerlo, pero así era como les tocaba vivir a nuestras familias hace 30 años. Claro, aunque tampoco podemos engañarnos: todas estas necesidades no han sido totalmente resueltas todavía en la región.

¹ Véase el capítulo *Somos de tierra, madera y agua* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para una reconstrucción de esta y otras movilizaciones sociales que tuvieron lugar en la época.



Entonces, tanto la preparación del Paro del Nororiente, como su desarrollo, fue un proceso muy importante. La gente miró eso, que la única solución que existía era organizarse ellos mismos, porque gente de afuera no iba a venir a solucionarles los problemas, y si lo hicieran, no sabrían cómo.

Mi nono Abelardo me cuenta que en esos años a la gente se le metió hasta los tuétanos que sí se podía, que tocaba movilizarse. Y lo que cuentan los más grandes es que en el paro tuvo que ver todo mundo, hasta los más chiquitos. De las veredas del alto, medio y bajo Catatumbo salieron hombres y mujeres a marchar, otros ayudaban recogiendo los víveres, prestando un camión, cocinando, cuidando las casas de los que habían salido para echarle un ojito por ahí a los cultivos y a los animales. Y los sindicatos de los trabajadores petroleros y de los profesores², que eran muy fuertes en ese entonces, aquí en la región, también se movilaron aquella vez y prestaron mucho apoyo.

Y fue así como los campesinos lograron sentar a los alcaldes y al mismo gobernador de acá del departamento a negociar los pliegos de peticiones que tenía cada vereda, y por eso tocó hacerlo municipio por municipio. Es que la gente misma se había puesto en las reuniones de junta de acción comunal, en sus veredas, a hacer diagnóstico sobre sus necesidades, sobre su entorno, sobre sus condiciones de vida. Y aunque uno no puede decir que el Gobierno haya cumplido totalmente con esos acuerdos, el paro sí hizo que se gestionaran proyectos tan importantes como la construcción de algunos puentes, la electrificación y el alcantarillado para muchas zonas rurales de esta región.

² USO (Unión Sindical Obrera) y Asinort (Asociación Sindical de Institutores Nortesantandereanos), respectivamente.





Acá en el Catatumbo a la gente le ha tocado movilizarse y hacerse oír antes y después de ese paro del 87. Por allá en 1985 se dieron unas marchas campesinas que fueron como una preparación del paro grande y, en septiembre de 1987, se hicieron otras marchas para reclamarle al Gobierno los incumplimientos de lo que ya se había pactado y había quedado en los acuerdos.

Pero esas marchas le generaron mucho miedo a un montón de gente. A finales de esa década se vino en la región una represión muy fuerte por parte del Ejército, la Policía y de civiles armados que conocimos por aquí como escuadrones de la muerte, y que asesinaron, torturaron, desaparecieron y callaron todas esas voces, toda esa fuerza que se estaba gestando aquí en la región. Y fue tan brava esa persecución, que la gran mayoría de los líderes y de figuras más visibles del Paro del Nororiente hoy están muertos o no viven en el Catatumbo. Mi propio padre fue una de esas voces que callaron para siempre.

Así fue como nos quisieron cortar las alas: barrer con todas las ideas que tenían los campesinos y las campesinas sobre su propia región, burlarse de sus esperanzas de vivir mejor. Y toda esa persecución, esa matazón, pues generó muchísimo miedo, impuso mucho silencio, mucha resignación. Me acuerdo que un líder de Convención me contó una vez que a él lo llamaron a Ocaña, después del paro, a que participara de una reunión, y que no hubo una sola persona de la vereda que quisiera acompañarlo, porque la gente ya estaba muy atemorizada con las muertes y las desapariciones de algunas personas que habían estado con ellos en esas grandes movilizaciones.



Así fue como nos quisieron cortar las alas: barrer con todas las ideas que tenían los campesinos y las campesinas sobre su propia región, burlarse de sus esperanzas de vivir mejor. Y toda esa persecución, esa matazón, pues generó muchísimo miedo, impuso mucho silencio, mucha resignación.

Y ni qué decir de cuando llegaron los paramilitares. Entraron borrando cualquier iniciativa o proceso organizativo que todavía estuviera marchando. Cualquier cosa que implicara la asociación de personas la veían como una actividad de las guerrillas, como reuniones de la insurgencia. Las tiendas y las cooperativas que había en esos momentos, y que se habían fortalecido tanto durante los ochenta y buena parte de los noventa, por ejemplo, las vieron fue como un fortalecimiento económico de las guerrillas en la región³.

Muchas tiendas comunitarias que estaban muy bien montadas para esa época fueron destruidas, saqueadas. Los paramilitares corrieron a todo el mundo de las veredas, y las tiendas las desocuparon, no dejaron nada. Y también echaron a matar a presidentes de juntas y a la gente le volvió a entrar el miedo, nadie se atrevía ya a presidir ningún proceso, no se podían hacer reuniones porque de inmediato eso levantaba sospechas.

³ Véase el capítulo *Paramilitarismo: violencia sin precedentes* del informe de investigación *Catatambo: memorias de vida y dignidad*, para profundizar sobre las dinámicas del control paramilitar en la región.

Nos decían que si nos reuníamos era porque éramos guerrilleros, o sea, no dejaban organizar nada y tocó hasta enterrar o esconder los cuadernos de la junta, por el mismo temor. Eso generó que hubiera muchas veredas donde la junta desapareció por completo. Entonces la persona que se pusiera de valiente a liderar cualquier cosa, los vecinos le decían que se cuidara, que lo iban a matar. Y era así porque para los paramilitares eran guerrilleros los sindicalistas, los presidentes de juntas, los líderes, los miembros de un partido de izquierda; todos eran guerrilleros y todos esos eran objetivo militar para ellos. Como un líder que me contó a mí una vez que a la gente que no se desplazó le tocó comer calladito durante esos años, no hablar de nada de lo comunal, no liderar nada.

Por eso es que si usted analiza, todo eso ha sido un daño grandísimo que nos han hecho aquí en la región, a quienes nos organizamos y a las personas que lo hicieron antes que nosotros. Por eso la memoria es muy importante, porque nos ayuda a recordar qué fue lo que ocurrió y, por ahí, honrar el trabajo, las propuestas y la vida de un montón de gente que se movilizó y buscó mejorar las condiciones de vida aquí.

¿Y qué es lo que pasa en la región, después de la salida de los paramilitares? Que empezamos a reactivar nuestros procesos, poquito a poco, con lo poco que nos habían dejado, con las uñas, muchas veces desde cero. Nos vimos en la necesidad de reconstruir todo ese tejido social que la violencia paramilitar nos había arrebatado⁴.

⁴ Véase el capítulo *Persistencias, reconfiguraciones y disputas* del informe de investigación *Catatumbo: memorias de vida y dignidad*, para una descripción de las apuestas organizativas existentes en el Catatumbo en el presente.



Por eso la memoria es muy importante, porque nos ayuda a recordar qué fue lo que ocurrió y, por ahí, honrar el trabajo, las propuestas y la vida de un montón de gente que se movilizó y buscó mejorar las condiciones de vida aquí.

En mi vereda, por ejemplo, pasó que cuando estuvieron los paramilitares la única familia que quedó fuimos nosotros, todo el mundo se fue. Pero nos aguantamos solo como uno o dos meses y nos tocó irnos también. Cuando ya muchas personas pudimos retornar a nuestro territorio, imagínese que ni siquiera los libros⁵ de la junta aparecieron.

Nosotros formamos una nueva junta y todos éramos prácticamente nuevos: las personas antiguas que había en la vereda ya unos no volvieron, otros no están, se murieron o los mataron. Y quisimos recuperar la personería jurídica de la junta, pero nos pedían copia de los estatutos de conformación y no los encontrábamos, no los logramos hallar, así que esa junta no existía en el papel.

Y nuestro propio ejercicio de memoria nos ha permitido comprender la función tan importante de las juntas de acción comunal en nuestra región.

⁵ Hace referencia a los archivos de constitución de la Junta, listados de asistencia, cartas y oficios, registros financieros, entre otros.



¿Y qué es lo que pasa en la región, después de la salida de los paramilitares? Que empezamos a reactivar nuestros procesos, poquito a poco, con lo poco que nos habían dejado, con las uñas, muchas veces desde cero. Nos vimos en la necesidad de reconstruir todo ese tejido social que la violencia paramilitar nos había arrebatado.



Hoy, aquí en el Catatumbo, las juntas y las Asojuntas están volviendo a retomar ese protagonismo, dentro de las comunidades, que tuvieron años atrás. Hombres y mujeres, también mucha gente joven, todos los días trabajamos para que esos sigan siendo los espacios donde la gente pueda hablar, proponer, debatir sobre cómo vivir en esta región. Y aunque todavía hay mucho estigma por el trabajo que los comunales realizamos, sentimos que este impulso que agarramos, ya nadie nos lo puede quitar.

Por eso aquí en el Catatumbo nos ha tocado de nuevo levantarnos y salir en grandes movilizaciones en estos últimos años, como ya nos lo habían enseñado las personas que se movilizaron antes que nosotros. Y se vuelven a pedir otra vez las mismas cosas que se pedían antes. Muchas de las demandas básicas que nuestros papás, mamás y abuelos ya habían puesto por escrito en los años ochenta y noventa, las seguimos haciendo porque todavía no se han cumplido, imagínese, después de tantos años.

Además, en la región existen, en este momento, unas propuestas para que no nos vuelva a ocurrir ese desastre tan terrible de que a todos nos tocó salir corriendo, dejando todo botado para que otros llegaran a hacer lo que quisieran. Por ejemplo, la propuesta de constituir aquí en la región una Zona de Reserva Campesina, o la idea de conformar unos Territorios Agroalimentarios, o la lucha del pueblo indígena Barí para que les respeten su territorio.

Y esas ideas han surgido, y a la gente le han sonado mucho, porque a veces sentimos que hay actores que quieren aquí para el Catatumbo borrar para siempre a los campesinos, nuestros cultivos tradicionales, nuestras semillas, nuestros ríos. Y es que nosotros, los campesinos y las campesinas de esta región, junto al pueblo ancestral Barí, somos los que hacemos que el Catatumbo sea Catatumbo. Y por eso es que desde las juntas, desde las veredas y los pueblos, nos hemos vuelto a poner de pie, y pocas ganas tenemos de quedarnos quietos.





CATATUMBO
MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD



Relatos de montaña y río. Voces y memorias de campesinos y campesinas del Catatumbo es un conjunto de hechos contados en primera persona acerca de la vida, dolores y resistencias de campesinos y campesinas de la región, que busca honrar y dignificar las apuestas que han tejido para vivir con dignidad en medio de la precariedad, la violencia y la intranquilidad. Los relatos describen la capacidad de campesinos y campesinas del Catatumbo para entender su territorio, y desde allí, echar a andar de manera colectiva apuestas para su administración.

Aquí se muestran las agresiones y estigmas que han recaído sobre sus cuerpos, sus organizaciones y territorios, provenientes de actores armados y de políticas que, en muchos casos, han desconocido su existencia. Es por eso que, en el presente, como se narra en estos testimonios, campesinos y campesinas se han vuelto a poner en pie, con una asombrosa capacidad, y se han embarcado en la tarea de elaborar propuestas colectivas que les permitan llevar una vida en condiciones de dignidad.

CATATUMBO

MEMORIAS DE VIDA Y DIGNIDAD

ISBN: 978-958-5500-29-7



GOBIERNO
DE COLOMBIA



PROSPERIDAD SOCIAL



Centro Nacional
de Memoria Histórica